

Una antropología para la ética

La sociedad contemporánea vive una inquietante contradicción: por un lado hace imposible la vida ética dadas las formas de vida egocéntricas y competitivas, pero a la vez necesita de la ética para poder salir de sus conflictos. Entonces, ¿de dónde nos viene esta necesidad de la ética? ¿De una tradición que se niega a morir o de algo más profundo? ¿Qué hay de peculiar en la vida humana que aun rechazando la ética, la reclama? Estas reflexiones buscan entender el lugar de la ética en la vida humana, es decir, que la forma de vernos a nosotros mismos genera un *ethos*, una forma de vida.

Toda la tradición filosófica ha enraizado (directa o indirectamente) la ética en una idea de ser humano. Tomemos por ejemplo a Aristóteles y Kant. El primero interpreta al hombre como sustancia, apoyado en una versión naturalista donde su teoría de los tres tipos de alma le permitía ver en una de ellas la función (*ergon*) propia del hombre, aquella que realizada produce felicidad. Por su parte, la ética de Kant ya suponía entender al hombre como sujeto, específicamente como sujeto inteligible, al que se contraponen su ser patológico. Además, señaló que la pregunta “¿qué debo hacer?” se encontraba dentro de la pregunta “¿qué es el hombre?”. Resulta difícil encontrar una antropología que no tenga presupuestos y consecuencias morales, así como una ética que no tenga una idea de ser humano que busque realizar. Sin embargo, ¿qué nueva idea de ser humano necesitamos?

El hombre, marcado por el misterio

Hoy nos hemos llenado de imágenes del ser humano, sostenidas por la ciencia, la filosofía y la religión. Cada una autoafirmándose

y produciendo frecuentemente desacuerdos y conflictos. A pesar del orgullo de esas imágenes, seguimos siendo un misterio. Nuestro constante saber sobre nosotros mismos no tiende a completar el cuadro de lo que somos, sino produce mayor desconocimiento, mayor extrañeza, quizá justamente porque nuestro ser juega con la carencia de ser propio (vacío como dirían los budistas). Ante tal situación, considero que lo más sensato es no pretender tener una definición del ser humano, una imagen acabada, sino asumirlas como tarea, como la que expresa el “conócete a ti mismo”. Dicha expresión no es doctrina de lo que somos, sino es vocación, un llamado a caminar por lo más profundo de nuestro ser. Es a esa escucha atenta y a su respectivo compromiso que llamamos libertad.

Este vernos a nosotros mismos como una realidad desconocida no tiene que anular nuestras respuestas científicas, filosóficas o religiosas, sino puede hacerlas más flexibles y hasta provisionales. Tampoco nuestras experiencias culturales. Creo que nos haría tener una disposición atenta frente a lo que somos. Tan fácilmente terminamos con la vida de un ser humano que ni siquiera cuenta como tal, requerimos de una disposición atenta en nuestras relaciones interpersonales que no anule la comunicación de esas realidades desconocidas. Es a ese encuentro entre lo que somos y el misterio de lo que somos que llamo unitotalidad (término alguna vez usado por Krishnamurti).

El hombre, unitotalidad

Una imagen común que se ha tenido y se tiene del ser humano es que es un ser social. Desde nuestras perspectivas modernas, ello siempre presupone la dualidad individuo-sociedad. Mientras los modernos se construyeron hipótesis sobre nuestra condición original (Hobbes, Rousseau, Rawls) que nos permite vivir en sociedad, nosotros preguntamos: ¿cómo es posible la relación que se establece entre un ser humano y los demás?, ¿es la relación con los demás un simple accidente histórico? Ha sido un aporte del pensamiento contemporáneo considerar que el ser humano es un ser trascendente, es decir, abierto a todo lo que es. En esa libertad o trascendencia va haciendo su ser. Sin seguir toda la filosofía de Sartre, puedo decir con él que “La conciencia trascendental es una espontaneidad impersonal”, esta conciencia es antes que la constitución de mi ego y del otro como tal. No vamos a sacar las conclusiones

que sacan algunos autores especialmente existencialistas, que eso indicaría nuestro estado de seres inacabados, carentes y que salimos fuera de nosotros para completarnos. Pudiera muy bien ser lo contrario, pero eso es otro asunto.

En otras palabras, no hay ser humano (ni individual ni colectivo) con anterioridad ni posterioridad a su “estar abierto a”, a ese espacio (quizá infinito) de nuestro ser. Espacio infinito que nos abre a la totalidad y que posibilita nuestra particularidad biológica, cultural y psicológica. El hombre es pues unitotalidad. Es este estado el que funda nuestra con-vivencia o co-existir con otros, que de alguna manera también están en mí. Pero ¿quiénes son los otros con los cuales comparto la otredad y la mismidad? En primer lugar, el hombre está abierto a la naturaleza, de la cual venimos, en la cual estamos y a la cual iremos. A pesar de vivir en las ciudades, no nos desprendemos de nuestro ser natural: respiramos y sentimos, dos aspectos naturales que encierran toda una sabiduría. No es gratuito que en la meditación budista se empiece a prestarle atención a la respiración, forma de conectar la mente con el cuerpo. En segundo lugar, a los otros seres humanos, con los cuales comparto la vida social, otros que me han antecedido y que me sucederán y que de alguna manera están en nosotros y nos inter-influenciamos. Por último, todavía hay una disposición a trascender hacia algo superior, algo sagrado que proporcione sentido a nuestras vidas. Somos un ser que mira la tierra en su magnificencia, al otro en su fragilidad y llama a lo más desconocido por ayuda. Así, esa “grieta ontológica” es la que permite tener una experiencia “cosmoteandrica” (Panikkar).

Además, como lo ha desarrollado Heidegger, esa “grieta ontológica” funda nuestra temporalidad. Así, cada hombre y comunidad son seres históricos. Sin embargo, la cultura y la filosofía actual han acentuado nuestra temporalidad, descuidando nuestra espacialidad. Tenemos que enfocar la temporalidad desde nuestra espacialidad (para no descuidar nuestro mundo y a nosotros mismos) y no como hasta ahora que enfocamos nuestra espacialidad desde nuestra temporalidad, lo cual no hace otra cosa que sobrevalorar nuestra subjetividad. Al hacerlo, nuestro encuentro con otros, nuestro trato con el mundo natural, nuestro cuidado de nosotros mismos y de nuestro ambiente, son desatendidos por el logro de proyectos mentales.

Por lo tanto, la exigencia de una vida ética nos vendría de dos lados. La ética no surge de un simple impulso conservador, sino de nuestra constitución abierta, es decir, del misterio que somos y que siempre escapa a toda palabra y ante la cual solo nos queda una actitud de cuidado. Quizá por eso Heidegger hablaba del hombre como pastor del ser. Además, ese estado vacío de ser es el que nos permite co-habitar el mundo con otros, ante los cuales sólo me queda el cuidado o una disposición atenta. Este estado de abertura también funda nuestro conocer, actuar y producir, tanto individual como colectivamente, todos envueltos por historias peculiares y haciendo la historia humana. Así pues, es ese estado que nos constituye como seres humanos y, además, sustenta toda búsqueda de una vida ética.

En resumen, entiendo que el ser humano es aquel cuyo ser no agota lo que es, debido a que su ser está abierto al otro y a lo otro. La abertura de nuestro ser es lo que nos permite el encuentro y la formación de la morada con otros. Esa grieta metafísica es la que nos hace salir de nosotros y ver, hablar y vivir con otro. Es por esa enseñada de infinito que nos encontramos con el otro gratuitamente. Así, la actitud fundamental de “cura” o “cuidado” (el *Sorge* heideggeriano) no tendría sólo un sentido ontológico y antropológico, sino también ético. Esa condición ontológica hace nuestro ser ético por las siguientes razones:

- i) El “estar referido a” hace que seamos seres intersubjetivos, que no podamos entender nuestra existencia sin entender a los otros. Así, la ética es un asunto intersubjetivo y no sólo del encuentro entre mi yo y mi conciencia.
- ii) Dicha “grieta ontológica” nos hace crear morada con otros. Así como el espacio de una caverna permite habitar, del mismo modo, dicho espacio vital nos permite crear con otros el hábitat, la morada, tanto personal, social como ecológica. La ética es pues el cuidado de la morada.
- iii) Esa enseñada ontológica nos pone en una condición primaria de cuidado, en términos éticos, de responsabilidad, de dar respuesta a y dar respuesta por. Es la voz bíblica que siempre pregunta: ¿dónde está tu hermano? Y es esa respuesta ante el cuidado que formamos nuestra existencia.

Por lo anterior, existiría pues una “protomoral” previa a nuestra decisión de actuar bien o mal, justa o injustamente, previa a las morales sociales e históricas. Es decir, que la exigencia de ser éticos no sería producto de un simple condicionamiento social, sino tiene que ver con una condición primaria fundamental, que puede convertirse en criterio para juzgar nuestras morales sociales. “Protomoral” como condición ontológica que posibilita nuestra vida y su valoración. Por ello, es la excelencia o virtud primaria que debiera desarrollar el ser humano.